

La Dirección Interprovincial de Astronáutica y Planetas Extralares (DIAPE) presenta el nuevo "MANUAL PARA EL CURSO INTRODUCTORIO DE ASTRONAUTA INTERPLANETARIO Y SU APLICACIÓN A LA CONQUISTA DE PLANETAS".

Aprenda todo lo necesario para convertirse en Astronauta y lanzarse a la inmensidad interestelar.

¡USTED PUEDE SER ASTRONAUTA!



*¡Manejo de astronaves o naves espaciales!
¡Dirección de personal!
¡Conquista de planetas!*

*¡Es hora de encauzar su vida en una carrera con futuro!
¡Conozca nuevos horizontes! ¡Domine culturas primitivas!
¡Sea parte del mercado de planetas!*

¡Y recuerde, una galaxia capitalista, es una galaxia de oportunidades!

*(Adquiera este Manual en todos los kioscos y maxikioscos del país)
Y si usted no es muy dedicado, también está disponible el curso online. Abreviado de "Tripulante para Auxilio de Astronautas Oficiales".*

1

EL EFECTO PHOBOS

Ian Giger

EL EFECTO PHOBOS

Ian Giger

Colección Astronave



LIBROS DEL COSMONAUTA

Ian Giger

El efecto Phobos

Traducción
de Federico Reggiani



LIBROS DEL COSMONAUTA

Ian Giger

El efecto Phobos / Ian Giger. - 1a ed. - La Plata : La Máquina Infernal, 2020.

100 p. ; 15 x 10 cm. - (Libros del Cosmonauta. Colección Astronave ; 1)

Traducción de: Federico Reggiani.

ISBN 978-987-26571-1-6

1. Narrativa Sueca. 2. Ciencia Ficción. I. Reggiani, Federico, trad. II. Título.

CDD 839.73

Título original: Phobos has been stolen!

© Federico Reggiani

© La Máquina Infernal. Libros del Cosmonauta.

ISBN 978-987-26571-1-6

La Máquina infernal. Libros del Cosmonauta

Calle 47 no. 1448. La Plata. Buenos Aires. Argentina.

edicionescosmonauta@gmail.com

facebook.com/ediciones.cosmonauta

IG: ediciones.cosmonauta

Twitter: @edicionescosmo1

Impreso en Tecnoffset // Araujo 3293 - (C1439FAQ)

Ciudad de Buenos Aires, en el mes de noviembre de 2020

Ilustración de cubierta Koff

Diseño Edu Karakachoff

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

I

El General no tenía tropa bajo su mando. Si hubiera sabido que antes los generales estaban en la cumbre de la pirámide, su situación le hubiera resultado aún más deprimente, aunque era difícil imaginar una situación más deprimente que la suya. Ni siquiera podía agradecer una ignorancia protectora porque es muy difícil que alguien sepa lo que no sabe.

El General examinó el bastoncito morado que había dispuesto en el centro de una fuente. Ese iba a ser su almuerzo. Hacía meses que comía por disciplina y no por hambre; lamentó no poder resolver el trámite mordisqueando la barrita. Una vez lo intentó: la hidratación parcial ocurrió entre la boca y el esófago y tuvo que recurrir a los dudosos conocimientos quirúrgicos del Dos Cabezas para no morir.

Hidrató muy despacio la barrita. Al contacto con el agua la superficie se estremeció y, con el crujido de una galletita que se quiebra —la nostalgia por el sabor de una humilde galletita casi hace llorar al General—, la barrita empezó a desplegarse como si contuviera en su interior las promesas de la primavera. Lo que en realidad contenía era un pato laqueado que fue creciendo ante sus ojos hasta desbordar la fuente. El General suspiró con cierta satisfacción. Todas las barritas del kit de alimentación tenían gusto a pato laqueado y siempre

era mejor cuando el sabor y la forma coincidían. Por algo había tenido que abandonar su idea de concentrarse en las raciones vegetarianas, hartos de comer ensaladas con sabor a pato laqueado.

Llamó al Dos Cabezas. Detestaba la parodia hogareña a la que debía someterse, pero más intolerables le resultaban los reclamos y las escenas que montaba su compañera cada vez que decidía comer en soledad. Para muchas personas, la soledad ajena es un insulto.

El Dos Cabezas no llegó. El General pensó en aprovechar la rara ocasión para comer solo, pero el hecho era extraño y cuando se vive en una piedra las sorpresas siempre se agradecen y se temen.

—¡A cenar! —llamó.

No sabía si iban a cenar o almorzar. Hacía mucho que había dejado de prestar atención al horario terrestre, la órbita de Phobos era difícil de entender y la colorida cara de Marte estaba siempre ocupando medio cielo, por más que Phobos hiciera su giro incomprensible.

Consideraba al pato como su cena porque pensaba irse a dormir después. Dormir era su actividad favorita y la única de las previstas en el intransitable manual de operaciones recibido al firmar contrato que cumplía con razonable eficacia gracias un cóctel de pastillas hipnóticas.

Se levantó de la mesa y dejó al pato enfriándose. Anotó la contrariedad en la lista de faltas del Dos Cabezas. Sabía que nunca iba a cobrar esas

deudas contabilizadas con minuciosidad en su memoria pero sentía sus registros como una venganza secreta.

Recorrió las instalaciones silenciosas. Eran muy amplias, demasiado para ese satélite insignificante, pero no tanto como para jugar a las escondidas por mucho tiempo. Miró la superficie muerta que se ofrecía a su vista en los amplios ventanales. Si el Dos Cabezas había salido, algo raro pasaba, tanto si había decidido pasear como si se había puesto a controlar alguna de las sondas y sensores dispuestos en el satélite. La aparición de voluntad técnica en su compañera era en sí un motivo de sorpresa y alarma.

El General revisó el equipo para salidas. Siempre respetaba el protocolo lo suficiente como para poder culpar a los fabricantes o al Estado si algo fallaba, precaución que era un modo de elegir el contenido de sus últimos pensamientos. Se calzó el traje y la escafandra, pasó los estancos de presurización y salió a la polvorienta superficie de Phobos.

El carrito estaba en la puerta. ¿El Dos Cabezas se había ido caminando? La exhibición de energía resultaba extraordinaria. Imaginó las toses del motorcito a partir de la vibración en la entrepierna. La vibración y el espectáculo lo distrajeron. Hacía meses que no se asomaba afuera de la base y se había olvidado del impacto del paisaje. El horizonte desaparecía enseguida, como si Marte estuviera a

punto de tragarlo.

El carrito siguió un recorrido predeterminado, y al General le daba lo mismo. Enfiló hacia el Stickney. El cráter era lo más interesante de Phobos y hubiera sido, por su protección natural a los rayos cósmicos, el lugar más razonable para ubicar la base. El General sabía que un lugar protegido es también un punto ciego de observación, y todo puesto de vigilancia debe ser vigilado. Podía imaginar que nadie en la Tierra se interesaba por su vida, pero cuando se planificaban esas misiones todos fingían interés. “Vigilaos los unos a los otros” podría ser el lema del gobierno terrestre.

Bajó al cráter, una depresión de nueve kilómetros de diámetro, dando un largo rodeo en espiral. Disfrutó del paseo. Tan distraído venía que casi se hunde en el pozo. El carrito, por un loop de auto-protección del software, se detuvo en el borde.

El pozo no era demasiado grande. Lo raro es que parecía profundísimo, más parecido a un túnel que a las viejas marcas de meteoritos que decoraban el fondo del cráter. Era como uno de esos pozos que, según su Guía del Pasado, se usaban para buscar o juntar agua en las casas de la Tierra. El agua en Phobos estaba congelada en yacimientos subterráneos, pero no había que hacer pozos sino conexiones de cañería para derretirla y transportarla a la base.

El General buscó una piedra. Todavía arrastraba la sensación de cometer un sacrilegio cada vez que

dejaba una huella de su presencia humana en la superficie de ese satélite que había permanecido inmutable —si se descuenta el ocasional meteorito— durante millones de años. No había mucho para elegir: encontró un cascote apenas más consistente que el polvo a su alrededor y lo tiró al pozo.

No esperaba ningún resultado y actuó por automatismos de terrícola. Con la discutible gravedad de Phobos, la piedrita podía quedarse una semana flotando; sus no menos discutibles saberes físicos no le ofrecerían la menor precisión acerca del comportamiento de un cuerpo —ni siquiera del propio— en ese cascote cósmico tironeado por su planeta allá arriba, tan cerca. Sin atmósfera, mal podía esperar el sonido de un rebote si es que la piedra llegaba a rebotar contra algo.

Sí escuchó, con claridad, una protesta.

—¡Ay! ¿Qué tirás?

La voz del Dos Cabezas sonó, clara y distinta, en el intercom. Un segundo después, asomaron los antireglamentarios stikers con brillantina que cubrían buena parte de la superficie de su escafandra.

—¡Eras vos, amor!—dijo el Dos Cabezas, como si existieran opciones.